

JOSÉ P. SALDAÑA  
CRONISTA DE MONTERREY

Biblioteca  
Alfonso Reyes  
J. Saldaña

EL GRAL. DON PORFIRIO DÍAZ  
EN MONTERREY

UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

*Sobretiro de HUMANITAS*, Número 11.

Universidad de Nuevo León, 1970.

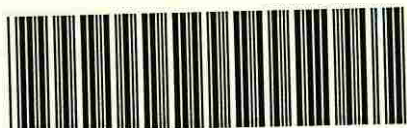
W1972

F 12  
.5  
D5  
S2

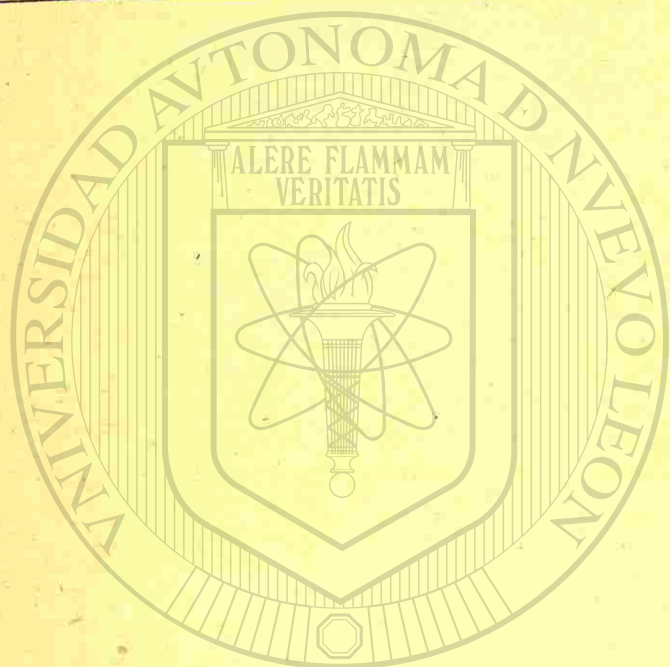
58



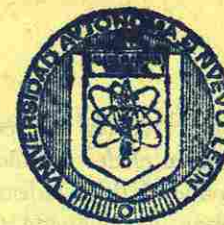
Núm. Clas. 972.12  
Núm. utr S 1629  
Núm. Adg. 066776  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fech. \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó SR



1020080943



FONDO UNIVERSITARIO



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria



FONDO UNIVERSITARIO

EL GRAL. DON PORFIRIO DÍAZ EN MONTERREY

JOSÉ P. SALDAÑA  
Cronista de Monterrey

I

PARA AQUILATAR LA CATEGORÍA de una persona que ocupa un lugar en la historia, es necesario estudiar el medio ambiente en que haya actuado y desprender de ahí su verdadera personalidad.

La figura del General Díaz en la historia de México tiene la alta significación de haber actuado con relevante posición como guerrero y como estadista.

En la primera etapa de su actuación pública dedicó largos años a la azarosa vida de las armas, conquistando el grado más alto en el ejército que era el de General de División.

Principió su carrera en circunstancias difíciles, cuando el país era invadido por las tropas de los Estados Unidos del Norte. Después, afiliado al Partido Liberal, no dio reposo a sus actividades durante más de 20 años, conquistando la admiración del pueblo mexicano por su valentía, su honradez y sus dotes extraordinarias de soldado.

Había participado en la gloriosa batalla del 5 de mayo de 1862 contra las tropas francesas. Sufrió seria derrota en Puebla en 1863; fue hecho prisionero por los franceses, y evadido en condiciones novelescas, continuó combatiendo a los invasores hasta conquistar la capital de la República, después de obtener triunfos resonantes como los de Miahuatlán, La Carbonera, Puebla, el 2 de abril, los Llanos de Apam y por último; en medio de la expectación general, hacerse dueño de la Ciudad de México el 21 de junio de 1867, cuando a su vez el General Mariano Escobedo rendía la plaza de Querétaro haciendo prisioneros a Maximiliano, Miramón y Mejía.

Su figura se agiganta durante las guerras de reforma y de la intervención francesa; se empequeñece al enfrentarse al Presidente Juárez jefatu-

413

52957

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

FONDO UNIVERSITARIO

066776



F 1233

5

DS

52

rando una revolución impopular; vuelve a crecer con el triunfo de la revolución de Tuxtepec que produce el derrocamiento de don Sebastián Lerdo de Tejada; afianza su personalidad de estadista a partir de 1877 al establecer sólidamente la paz, crear una moneda firme, y sentar las bases del progreso. Con los ferrocarriles, que despiertan el interés por la minería, la agricultura y la industria, impulsa las inversiones y se abren las perspectivas de un México activo, capaz de enfrentarse a la miseria y a la ignorancia.

Su habilidad como gobernante despierta la admiración de sus contemporáneos. Logra atraerse a valiosas personalidades de los bandos políticos contrarios; atempera los impulsos bélicos de los más distinguidos correligionarios, sortea con éxito la ambición de viejos amigos que cuentan en su haber con méritos para disputarle la Presidencia. Pasan por su memoria los nombres de los Generales Mariano Escobedo, Jesús González Ortega, Ramón Corona, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Donato Guerra... y deja que la visión se aleje. Debe, en conciencia, proceder como lo demanda la Nación.

[Paz, paz, es lo que se necesita. Un cambio en el gobierno puede acabar con este don inapreciable. Así piensa el General Díaz y obra en consecuencia.]

Ha ocupado la Presidencia con mano firme y con don de gentes. Ha sabido administrar la hacienda pública con intachable honradez, ha impulsado el orden dentro de la justicia, y ha logrado conquistar en el mundo un lugar de prestigio para México.

Se explica, con tales antecedentes que, cuando visitó a Monterrey, su figura deslumbrara, y fuese recibido como corresponde a quien ha realizado obras de excepcional categoría.

Los militares de su época le reconocían sus méritos y se resignaban a ocupar puntos secundarios. Los ciudadanos de la nueva generación todavía no se forjaban la personalidad suficiente para enfrentarse al héroe de la paz. Se explica de esta manera que el ambiente en Monterrey llegara a la euforia pues iba a conocerse de cerca al invicto soldado y al luminoso estadista.

Nuevo León era gobernado a partir de 1885 por el Gral. don Bernardo Reyes, cuya administración se había distinguido por su dinamismo y honradez y por su entrega en beneficio del Estado. De esta manera se conjugaban dos personalidades que unían su talento y su esfuerzo para hacer cada quien en el radio de acción que le correspondía un México mejor.

Aprovechando el General Reyes la tónica que existía en el Estado, hizo formal invitación al General Díaz para que visitara la ciudad de Monterrey, enviándole el siguiente oficio: "Gobierno del Estado Libre y Soberano de

Nuevo León.—Este Gobierno, la Autoridad Local, la Militar de esta Zona y la Comisión de Obsequio de la Banca, el Comercio e Industria de esta Ciudad, cuya lista va anexa a la presente, se honran, Señor Presidente, en dirigir a Ud. esta invitación atenta, para que con la Comitiva que demanda su ilustre persona y representación altísima, se sirva hacer una visita a Monterrey, Capital del Estado de Nuevo León, favorecido como los demás de la República con la gestión gubernamental de Ud., símbolo de paz, progreso y prosperidad nacionales.

"Si con semejante visita se sirve Ud. ilustrar los fastos de esta Ciudad, el Gobierno que represento y las Autoridades y Comisión a que al principio hago mérito, quedarán a Ud. profundamente obligados.

"Adjunto a esta nota se incluye el programa acordado para la recepción de Ud., si hemos de tener la grande satisfacción de que esta invitación sea aceptada, y en ese anhelado caso, Ud. se servirá reformarlo como mejor lo juzgue.

"Tengo el honor, Señor Presidente, con este motivo, de hacer a Ud. las protestas de mi adhesión y consideración respetuosa.

"Libertad y Constitución. Monterrey, 9 de diciembre de 1898.—B. Reyes. Ramón G. Chávarri, Secretario. Señor Presidente de la República, General don Porfirio Díaz.—México".

Cuatro días después contestó el General Díaz en los siguientes términos:

"México, 13 de Diciembre de 1898.—Sr. Gobernador, General don Bernardo Reyes.—Monterrey.—Mi querido compañero y amigo:

Sinceramente reconocido al Gobierno que con tanto acierto Ud. preside, lo mismo que a las Autoridades local y militar de esa Zona y a la Comisión de Obsequio de la Banca, el Comercio e Industria de esa Ciudad, por la invitación que bondadosamente se sirven hacerme para visitar Monterrey, la acepto con verdadera y grande estimación y le suplico que al recibir para sí los testimonios de mi gratitud, la haga extensiva a las honorables personas que tan señalada distinción me dispensan.

De Ud., Afmo. compañero, servidor y amigo.—Porfirio Díaz".

Las Comisiones designadas con anticipación desplegaron sus actividades siguiendo el paso acelerado que en todos sus actos imprimía el General Reyes.

La Comisión principal quedó integrada en la siguiente forma: Presidente, Gral. Bernardo Reyes; Secretario, don Adolfo Zambrano; Tesorero, don Tomás Mendirichaga; Vocales: don Francisco Armendáriz, don Antonio V. Hernández, Dr. Melchor Villarreal, don Juan Weber, don Valentín Rivero Gajá, don Francisco G. Sada, don H. M. Dieffenbach, don Vicente Ferrera, don Manuel Cantú Treviño.



El programa original comprendía ocho días de actividades que posteriormente se redujeron a cinco, del 19 al 23 de diciembre.

Cumplidos los requisitos protocolarios de invitación y aceptación, y de nombramiento de las Comisiones, lo demás quedaba a disposición del tiempo, que no se detiene devorando los minutos, y los siglos.

## II

### LA RECEPCIÓN

Aceptada en principio por el Gral. Díaz su visita a Monterrey, se procedió a revisar el programa de atenciones, para llegar al final de numerosas reuniones y cambios de opinión con funcionarios de México, a fijar la duración de la visita en cinco días, principiando el día 19 del mismo mes de diciembre. Por principio de orden y precisión histórica, transcribo íntegro el programa.

“Programa de Fiestas acordado por el Gobierno, Autoridad Local, Autoridad Militar y la Comisión de Obsequio, en honor del Presidente de la República, para los cinco días de estancia, con que honrará a esta Capital; y cuyo programa, sólo sufrirá las modificaciones que sean más convenientes a nuestro ilustre huésped.

#### Día 19:

I. Recepción del Sr. Presidente y procesión cívica, conforme al ceremonial que se ha publicado.

II. Si la llegada del señor Presidente es por la mañana, en la tarde pasarán las corporaciones de que se habla en el citado ceremonial, a saludar al señor Presidente; de lo contrario, esto se efectuará hasta el día siguiente.

III. Si se dispone de la tarde, después de la recepción de que habla el anterior inciso, se visitarán edificios públicos.

IV. Por la noche, paseo en la Alameda ‘Porfirio Díaz’.

#### Día 20:

I. Si el día 19 no tienen efecto los incisos II y III de ese día, lo tendrán en la mañana del 20; de otro modo se aprovechará esa mañana para comenzar la visita a establecimientos industriales.

II. A mediodía se dará un banquete en el Teatro Juárez.

III. Por la tarde, se harán otras visitas a industrias.

IV. Serenata en la Plaza de Zaragoza.

#### Día 21:

I. Visitar a ‘La Fama’ y ‘Jesús María’ yendo en el ferrocarril nacional.

II. Por la noche se verificará un baile en el ‘Casino Monterrey’.

#### Día 22:

I. Visitar al ferrocarril minero y Excursión en él a la Gran Ladrillera y varias negociaciones mineras.

II. Banquete al pie de la sierra a inmediación de las negociaciones dichas.

III. Por la noche procesión industrial, frente al alojamiento del señor Presidente.

#### Día 23:

I. Por la tarde, simulacro de guerra, en el campo de instrucción que se halla al suroeste de la Estación del Ferrocarril Nacional.

II. Por la noche, velada literaria en el Teatro Juárez.

III. Acompañamiento de despedida del señor Presidente, para el que se citará con toda oportunidad.

Monterrey, Diciembre 17 de 1898.

El Secretario de la Comisión de Obsequio, Adolfo Zambrano”.

Las diversas comisiones encargadas de atender los detalles se apresuraron a cumplir su cometido echando mano de todos los recursos a su alcance. Encontraron un ambiente propicio que les permitió con largueza dar cima a sus proyectos. Todo quedó en condiciones tales que acusaba una perfecta organización.

Llegó el esperado día 19 poniéndose a prueba la recepción como primer número del programa.

La Comisión principal, integrada por funcionarios estatales, federales y hombres de negocios, a cuya cabeza se encontraba el General Reyes, ocupaba el primer lugar en el andén norte de la estación; cubriendo una extensión de doscientos metros, frente a los rieles, en formación de firmes, lucían un centenar de soldados los fusiles con las bayonetas caladas.

Fuera de la estación los jóvenes estudiantes del Colegio Civil, en posición marcial, formaban vistosa valla, y extendiéndose la columna por centenares de metros alumnos de años superiores de las escuelas oficiales y particulares permanecían a uno y otro lado de la calle conversando sin alcanzar a comprender la importancia de aquel acontecimiento.

Y llenando la plazoleta de la estación, y las banquetas, numeroso público



bullicioso y gritón esperaba el momento de dar expansión a su entusiasmo.

En tanto los señores que integraban la Comisión de recepción consultaban sus relojes, dejando al descubierto las gruesas cadenas de oro pendientes del chaleco, un estridente y largo silbido de la máquina, que arrastraba el tren presidencial, estremeció el ambiente.

La muchedumbre que esperaba ansiosamente, se movió como gigantesca serpiente. Salía de su letargo de dos horas, y olvidaba el cansancio. Se acercaba el momento de ver al Gral. don Porfirio Díaz.

Eran las tres de la tarde cuando el tren, arrogante, triunfal, avanzaba parsimoniosamente frente a la estación del Golfo. La máquina, resoplando como león cansado, fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse, obligando a los carros a la quietud, después de originar chirridos destemplados.

En uno de los estribos del pullman apareció el General Díaz. Erguido, cabeza y bigotes blancos, ojos oscuros, vestido de militar, constelado el pecho de medallas y condecoraciones, daba la impresión de una estampa heroica, algo familiar, pero poco vista al natural.

Mientras el Himno Nacional imponía sus notas marciales, y los cañones saludaban al Primer Magistrado con 21 salvas, él, firme, sereno, seguramente conmovido, permanecía en el mismo lugar. Después, al segundo de extinguirse el Himno, tocó al pueblo encender el entusiasmo. Aplausos, vivas, exclamaciones de alegría, todo ello formando un marco en el ambiente digno del visitante.

La comisión atendiendo a sus deberes protocolarios inicia la recepción: en primer lugar el Gral. don Bernardo Reyes, Gobernador del Estado, recibe con un abrazo al General Díaz. Siguen por su orden los señores don Adolfo Zambrano, don Tomás Mendirichaga, don Francisco Armendáriz, Dr. Melchor Villarreal, don Juan Weber, don Valentín Rivero Gajá, don Francisco G. Sada, don H. M. Dieffenbach, don Vicente Ferrara y don Manuel Cantú Treviño.

A paso lento, parsimonioso, atraviesan la sala de espera de la estación escoltando al señor Presidente; salen por la puerta del lado sur y se encaminan hacia los carruajes que esperan frente a la plazoleta que ofrece agradable verdor.

El primer carruaje, un landó con la capota baja, tirado por dos troncos de vistosos caballos, es ocupado por los Generales Díaz y Reyes. Les siguen muchos más conduciendo a los funcionarios del gobierno del Estado, representantes de la banca, la industria y el comercio.

Se inicia el desfile de acuerdo con el itinerario fijado, en medio del entusiasmo de las gentes que forman compacta valla. Llegan a la Calzada Unión, hoy Avenida Madero; caminan hacia el poniente, tuercen a la izquierda para seguir por la Calzada Progreso, hoy avenida Pino Suárez; avan-

zan hasta la altura de la calle Washington, y continúan los carruajes hasta dar vuelta al sur por la calle del Roble, hoy Juárez, volteando al poniente por calle del Comercio, hoy Morelos, hasta la Plaza Degollado frente a la residencia del General Reyes.

La procesión cívica abrevió el recorrido, torciendo de Washington al sur por la calle del Hospital, hoy Cuauhtémoc, siguiendo al oriente por Hidalgo, para desfilar frente al domicilio del Gobernador.

Durante el largo trayecto es saludado el General con nutridos aplausos, confetti, serpentinas y flores, sin faltar los estentorios vivas, que le hacen recordar seguramente las entradas triunfales a diversas poblaciones durante su larga y azarosa vida militar.

De trecho en trecho los arcos mostraban leyendas alusivas a la personalidad del visitante, proclamando su carácter de soldado de la República, de héroe de la paz y de propulsor del progreso nacional.

Una compañía de dragones formaba la vanguardia seguida de la banda militar, que tocaba marchas alegres, despertando el entusiasmo del público. Aun cuando en las Calzadas Unión y Progreso eran muy pocos los edificios que existían, la concurrencia venida de todos los rumbos de la ciudad, formaba nutrida valla.

Largo caminar combinado con el sincronizado trotar de los caballos y con el estrépito ininterrumpido de las aclamaciones. El día claro, de invierno benigno, que alivia un sol tibio, da el toque de bienestar y complacencia.

Se detienen los carruajes frente a la casa del General Reyes, que ostenta el No. 220. Bajan de ellos y se instalan en los balcones para presenciar el desfile, integrado por burócratas, estudiantes y pueblo en general. Bandas de música intercaladas entre los manifestantes dan la nota de alegría. A la cuadra siguiente, a la altura del Mercado Colón, se dispersan cansados y muchos de ellos roncando de gritar.

El primer acto termina entre entusiasmo general, satisfacción justificada de los organizadores, agradecimiento del homenajeado, y tal vez, con algo de amargura de quienes, allá en su fuero interno han venido alimentando la idea, un poco imprecisa, sobre un cambio institucional de la política general, cambio que los viejos veían casi imposible, y los jóvenes mantenían dentro de las posibilidades que nadie puede precisar cuándo y cómo se realicen. (Ese cambio se operó radicalmente doce años después).

Pero, por ahora, la primera jornada histórica había concluido.



### III

#### PRIMEROS FESTEJOS

Reducido el programa a cinco días era necesario no perder tiempo alguno. La tarde se aprovechó en las obligadas atenciones sociales.

De pie el General Díaz, con su comitiva a uno y otro lado, atendía cortésmente los saludos. El salón era amplio, aunque no lo suficiente para contener a la copiosa concurrencia. Alto techo, lámparas colgantes, muchos focos eléctricos despidiendo una luz amarillenta y vacilante, cortinas de terciopelo, gruesa alfombra y los muebles indispensables para lograr la mayor capacidad, constituía el escenario de aquel extraordinario acontecimiento.

Doña Aurelia Ochoa de Reyes, esposa del Gobernador, con aire de gran dama como correspondía a su jerarquía, fue la primera en presentar sus respetos al General Díaz, expresando en breves palabras la complacencia con que se le recibía. La contestación la dio el General Díaz, concisa, impregnada de agradecimiento y cortesía. Desfilaron rápidamente las señoras más cercanas a la amistad de la anfitriona.

Bien podía pasar aquella escena como de vistosa exhibición de modas. Por supuesto que la época imponía un patrón, del que se desprendían colores, telas diversas, adornos, pero en todos los casos: blusa amplia a la altura del pecho, ajustándose en la cintura formando un círculo estrecho. La falda en cambio ampliaba las caderas, con ayuda del polizón, bajando en tabloncillos hasta el "huesito". La crinolina, usada con moderación, daba a los movimientos gracia produciendo leve susurro. El peinado a la "pompadour" y los zapatos con tacones altos y algo gruesos.

Allí se encontraban doña Carolina Madero de Villarreal; doña Francisca Treviño de Garza; doña Guadalupe Zambrano de Treviño; doña Guadalupe González de Naranjo; doña Carlota Gómez de Berardi; doña Adelaida L. de Muguerza; doña Consuelo Sada de Garza y, como se acostumbra decir en las notas sociales, otras distinguidas damas que daban realce a la deslumbrante recepción.

Encabezó el desfile de los caballeros don Ramón García Chávarri, Secretario General de Gobierno. Serio, desenvuelto, austero, sin llegar a la chochante altivez, se colocó discretamente cerca del General Díaz, mencionando los nombres de los personajes, agregando el dato de su posición: Magistrado, Diputado, miembro del Ayuntamiento, banquero, industrial, comerciante, ganadero, agricultor, ingeniero, abogado, médico...

Se acabó la tarde en el ceremonial. Cansancio seguramente que lo ha-

bía; pero el programa no terminaba aún. En la noche se efectuaría una fiesta en la alameda Porfirio Díaz, hoy Mariano Escobedo.

Una o dos veces al año en la Alameda se realizaban "jamaicas". En España se les llama romerías o verbenas y en los Estados Unidos del Norte, kermesses, cuyo origen procede de los Países Bajos. Se aprovechaba un día de la primavera o del otoño, respetando el verano y el invierno, que no son muy amigos de los saraos al aire libre.

Como el festival organizado en honor del General Díaz, debía efectuarse en pleno mes de diciembre, cuando el invierno suele presentarse con todo rigor, es muy aventurado cualquier evento de esta naturaleza. No había ni hielo, nieve, ni siquiera esa menuda llovizna que le llaman "chipi-chipi"; pero hacía frío, lo suficiente para invitar a la gente a quedarse en casa.

Cuando los coches en que se acomodaron los ilustres visitantes hicieron su entrada a la Alameda, una concurrencia, calificada justamente de escasa, irrumpió en vivas y palmoteos, lanzando flores, confetti y serpentinas.

El frío congelaba el entusiasmo, y lo que en otras ocasiones climatéricas pudo ser noche de esplendor, se redujo a tres vueltas de los coches por la calzada que circunda la alameda.

La banda de música tocaba lo mejor de su repertorio, tratando de distraer a la concurrencia para que se olvidara del frío. Pero el aire se encargaba de recordar que era noche de invierno.

Con la salida de los coches la concurrencia abandonó la alameda lamentando no hubiera el lucimiento que se esperaba.

### IV

#### CONTINUÁN LAS FIESTAS

Amaneció el día 20 con un clima agradable. Antes de las nueve horas estaban dispuestos diez coches frente a la casa del General Reyes. El movimiento a esa hora se intensificó: las personas integrantes de la comitiva fueron ocupando los carruajes para seguir sin dilaciones al del General Díaz.

Se omitieron las ceremonias acostumbradas en el Palacio Nacional a la llegada y salida del Presidente de la República. En plan modesto, democrata, el General Díaz subió al coche acompañado del General Reyes. Los solda-



dos apostados en la banqueta obedeciendo las notas de un clarín presentaron armas en tanto que el oficial que los mandaba hacía el saludo de rigor con la espada. El coche salió seguido por los demás enfilando por la calle Morelos para voltear al norte por Zaragoza hasta llegar al Palacio de Gobierno en construcción. Como lo edificado no era suficiente para apreciar la magnitud de la obra, se le mostraron al General Díaz los planos dándosele las explicaciones del caso. Recibió el General Reyes palabras de aliento por lo que calificó el General Díaz de un proyecto de gran categoría.

La conversación se fue por los espinosos caminos de los números expresando el General Reyes que el costo total del edificio significaría una erogación no menor de 700 mil pesos. Como mostrara el General Díaz interés por conocer los recursos del Estado, le explicó que eran muy reducidos pues apenas si en el año que estaba por concluir se habían recaudado 186 mil pesos. Pero, siguió informando, "he logrado que los Municipios cooperen mensualmente con cantidades de acuerdo con sus ingresos, que a excepción de Monterrey son reducidos; pero además contamos con los excedentes de nuestro Presupuesto dado que hemos reducido los gastos al mínimo. Además existen otras aportaciones que, como la del permiso para juegos de azar se han canalizado a este fin, y por último con frecuencia recibimos donativos de empresas y particulares". En resumen, afirmó el General Reyes, "si hasta el momento se han invertido algo más de 250 mil pesos en tres años de labores, tengo confianza en que durante los cuatro a cinco años venideros las inversiones aumenten considerablemente hasta terminar el Palacio con la prestancia que corresponde".

En tanto los canteros proseguían su labor labrando con alegría las piedras que darían belleza al edificio, se dirigieron al Palacio de Gobierno en funciones, situado en la esquina suroeste de las calles Morelos y Escobedo, advirtiéndole el General Reyes que ese edificio había sido vendido en la cantidad de 70 mil pesos, que se aplicarían al nuevo Palacio en construcción.

Pasaron después a visitar el Ayuntamiento, en donde se les esperaba en sesión solemne. El Presidente Municipal, Dr. Pedro C. Martínez, adelantándose hasta la puerta del recinto saludó de abrazo al General Díaz y al General Reyes, y al franquear la entrada, los integrantes del Ayuntamiento puestos de pie dieron la bienvenida a tan ilustres visitantes, saludándolos con nutridos aplausos.

Sentados los altos funcionarios, el Doctor Martínez a nombre del Ayuntamiento expresó altos conceptos en homenaje al General Díaz, declarándolo huésped de honor de Monterrey.

Se procedió en seguida a mostrar al General Díaz las dependencias del Ayuntamiento, informándole que los departamentos del poniente se habían construido un año antes con costo de nueve mil pesos. De buena memoria

el General Díaz elogió la mejora diciendo que con ella se había logrado integrar el edificio, que no obstante su arquitectura sencilla era muy atractivo.

Como nota complementaria expresó el Doctor Martínez que la planta baja se rentaba para obtener recursos; pero que al crecer las actividades oficiales se dejaría totalmente al servicio del Ayuntamiento.

El resto de la mañana se empleó en una visita a la Cervecería Cuauhtémoc, que aun cuando todavía no contaba su edificio con la magnífica fachada que le da especial prestancia, sus instalaciones hablaban de progreso y eran signo promisor de grandes batallas ganadas a la industrialización.

Para mediodía estaba programado un banquete, que había despertado gran expectación, por las repercusiones políticas que pudieran ocasionar los discursos.

El Teatro Juárez, uno de los más suntuosos que existían en el país, había sido inaugurado el 15 de septiembre de ese mismo año de 1898. Por primera vez el piso del lunetario se colocaría al nivel del foro para servir el banquete. La maniobra, aunque difícil, se realizó con éxito. Se colocaron mesas de uno a otro extremo y en el foro se situó la de honor. Ochocientas sillas frente a los blancos manteles esperaban a los comensales.

La cita era para la una de la tarde, a cuya hora todos los asientos del lunetario estaban ocupados. Un rumor pronunciado llenaba el coliseo desbordándose por los corredores hasta llegar, como susurro lejano de mar embravecido, hasta el lobby.

Interrumpió las conversaciones el clarín de órdenes anunciando la llegada del Presidente de la República y de su comitiva. Los concurrentes de pie esperaron la aparición del Primer Magistrado, quien encabezó la entrada al foro, a tiempo de que la orquesta tocaba el Himno Nacional. Momento de intensa emoción, al que siguió prolongada ovación.

Privó durante la comida un ambiente de alegría, que fomentaba el vino francés servido en abundancia. A la hora de los postres, acompañados de una copa de champaña, el General Reyes se levantó para pronunciar un brindis, que se convirtió en un discurso de proporciones acondicionadas al acto. Era el General Reyes magnífico orador, de voz clara y sonora, sus ademanes discretos a la vez que expresivos. Todo ello le daba una atractiva personalidad muy apropiada para conquistar amigos. Cuando las últimas palabras resonaron en el amplio recinto el auditorio, puesto de pie, aplaudió con entusiasmo.



Insertar el discurso completo significaría traer al conocimiento de las actuales generaciones un gajo de historia de hace 70 años, mencionar lo que considere más importante daría lugar a omisiones lamentables. En consecuencia, he decidido que este documento y el que corresponde al discurso del General Díaz formen íntegramente parte de esta crónica.

Apagados los aplausos el General Díaz, de pie, arrogante, sin alarde, con voz menos fuerte que la del General Reyes; pero con la misma firmeza contestó las palabras que acababan de escucharse. La atención del auditorio era tal que el silencio permitía oír la voz del General Díaz con claridad en todo el amplio salón. Las últimas palabras quedaron ahogadas entre la tempestad de aplausos.

Memorable acontecimiento que, como se esperaba, dio lugar a numerosos comentarios de todo orden. Los históricos discursos van en seguida:

“Señor Presidente de la República.

Señores:

“A nombre de este Estado heroico en nuestras pasadas luchas, que ha dado hijos tan ilustres en la guerra, como los Generales Escobedo y Zuazua, Treviño y Naranjo; y que es tan amante del trabajo que todo lo engrandece y dignifica; que presenta esparcidos en su territorio talleres y campos cultivados, instituciones bancarias, establecimientos mercantiles y fábricas, en testimonio de su activa laboriosidad incansable; a nombre del Comercio e Industria de esta Capital, cábeme la gran satisfacción de saludar al insigne Sr. Presidente de la República.

“Al hacerlo, vienen a mi mente los antecedentes gloriosos de la histórica figura egregia, ante la cual mi salutación elevo. Se dibuja en lontananza el guerrero titán de la Reforma, y la iluminación del fuego de los cañones lo abrillanta y le forma aureola, para presentar en él al héroe de nuestra segunda independencia, que transformado magníficamente en estadista, organiza en calidad de gobernante, una República desgarrada por 66 años de sangrientas luchas, implanta en ella enérgicamente la paz, y con sabia y moralizadora administración, abre las fuentes de la prosperidad nacional.

“Aparece en la arena, intrépido batallador, en 1856, cuando el Plan de Ayutla enciende al país en el vivo fuego de una revolución salvadora, y lucha en cien combates derramando su sangre por la libertad y la reforma.

“Viene la época de la intervención, y luce y admira en la batalla que bajo los muros de Puebla, se libra contra el ejército francés, el glorioso 5 de mayo de 1862. Resplandece con tonos heroicos su figura marcial, en la defensa de esa misma Puebla en 63, y en la campaña que formidable sostiene en Oriente, en la que al fin agobiado por el número y por los múltiples elementos del ejército invasor, sucumbe cayendo gloriosamente prisionero en Oaxaca, para emprender luego atrevida fuga, e incansable, recomenzar la

brega tremenda, ¡en aquella grandiosa lucha por la independencia de la Patria!

“Ese período de su vida, es el más brillante de su épica carrera. Deslumbran en él los grandes, los heroicos hechos; son reguero de estrellas, que se llaman “la victoria de Miahuatlán, la de la Carbonera, de Oaxaca y de Puebla;” Puebla, que después de un ataque asombroso, que hace época en nuestra historia militar, cae en su poder con inmensos pertrechos de guerra, en esa fecha grabada ya en nuestros fastos con caracteres inmortales: el 2 de abril de 1867. Luego, sin dar descanso a sus tropas victoriosas y ensangrentadas en tantos rudos combates, vuela y rápido triunfa sobre el Lugarteniente del Imperio, Leonardo Márquez, en los llanos de Apam; y aquella Iliada espléndida, tiene su coronamiento excelso, con la toma de la Capital de la República, efectuada por el victorioso joven General, en 21 de junio de 1867, día memorable en que volvió a erguirse y para siempre, sobre el Palacio de Moctezuma y de Juárez, nuestra triunfante bandera tricolor.

“Desde entonces, la fama del héroe, su fama inmensa, popular, se derramó en luces de gloria por todos los ámbitos del país.

“Consumada la Reforma, hecha la independencia, México demandaba amplios nuevos derroteros para dilatarse en el porvenir; y vos, señor Presidente, tuvisteis la clara visión de los destinos de la Patria, y os lanzasteis a realizarlos. Estos destinos estaban en la conciencia popular no adivinada, que por instinto os seguía y os rodeaba con sus simpatías constantes, cuando los gobernantes y los servidores del Gobierno, yo entre los últimos, creíamos un cataclismo la verificación de vuestros adelantados propósitos.

“Una lucha de otro carácter se emprendió en el país, inspirada en la ley ineludible del progreso que tiene de evolucionar en las razas viriles; y al fin, desde los campos de Tecuac, vos, el iniciador, el caudillo de aquella azarosa lucha, os dirigisteis triunfante en 1876 a la Capital; fuisteis luego aclamado Presidente de la República, y de entonces acá parte una grandiosa época nacional.

“Recordar vuestra meritísima gestión administrativa, en la que habéis tenido el tino de designar para que os secunden, a Ministros tan eminentes y patriotas como los que hoy nos honran con su visita a esta ciudad, y con su presencia en esta fiesta; recordar esa magnífica gestión gubernamental vuestra, en México, que se sentía anhelante del bienestar que produce el trabajo, que ha sido el redentor de todas las servidumbres, el dignificador de la humanidad; recordarla, señor, es amontonar hechos grandiosos en lo infinito de las gloriosas memoranzas; es ver el monstruo de la anarquía, que viviera sorbiendo la sangre, y con ella las fuerzas vitales de nuestra Patria desgarrada, caer muerto para siempre a vuestros pies: es ver armónica-



mente unificarse la acción, antes anárquica o dispersa, de las entidades federales, para consolidar la Patria común: es ver extenderse en nuestro territorio como al contacto de una vara mágica 38,000 kilómetros de alambre telegráfico, 12,000 de vías férreas, con sus apéndices que son puentes, caminos y calzadas: amplio sistema de transporte y comunicación, en que activa empezó a circular la vida nacional, estimulándose la producción, desbordándose el comercio, al que abristeis y mejorasteis puertos con obras gigantes, como las de Tampico y Veracruz. Es mirar aparecer una constelación de faros en nuestras costas; concluirse entre otras una de las más grandiosas obras verificadas por el hombre actual, a gran costo brevemente terminada: la obra colosal del desagüe del Valle de México, maravilloso monumento de que puede enorgullecerse la generación en que alentamos: es estimar el fomento que directamente habéis imprimido a las industrias madres, la agricultura y la minería: es gozar contemplando encenderse el espíritu de las nuevas generaciones, en las vívidas fulgurantes luces, que la moderna instrucción pública derrama: Es ver de modo consolador, crecer la moralidad en el garantizador ramo de justicia; multiplicarse activo y anheloso el trabajo constante en todo lo que tiende al mejoramiento del ejército: Es admirar vuestra brega coronada de éxitos en el ramo de Hacienda; veros en medio de las abrumadoras catástrofes financieras, levantaros radiante, trayendo en vuestras manos la restauración del Monte de Piedad, el arreglo de las deudas interior y exterior, el pago de los inmensos créditos ferrocarrileros, la abolición de las alcabalas, y por último, el brillante resultado sin ejemplo en nuestra historia, el equilibrio de nuestros ingresos y egresos que llevó al fin un excedente de millones a la Tesorería General. Con esa financiera lucha gigante, ampliasteis la base de la prosperidad nuestra y elevasteis ante el universo mundo, el antes aniquilado crédito nacional.

“En resumen, para apreciar en conjunto vuestra asombrosa labor, basta recordar al triste México proceloso del pasado y luego, contemplar al México de hoy, al que habéis regenerado, trabajando en paz con su creciente comercio, sus industrias, sus vías de comunicación y su crédito; con amplias relaciones en el exterior; contemplarlo considerado por todos los pueblos cultos, y mirarlo majestuosamente marchar glorioso al cumplimiento de sus altos destinos en la humanidad.

“¡Qué epopeya! y qué grandioso el guerrero heroico, el patricio, estadista sin segundo en nuestra historia, que deja en la carrera de su vida, por rastro esplendoroso, la realización de tantos actos y tantas obras inmortales.

“Siempre tendréis en vos, para satisfacción vuestra, la divinizada fruición sublime del alma que se eleva.

“Os rodean el respeto y el amor de vuestros conciudadanos, y sois objeto de admiración universal; pero aún no están considerados en toda la plenitud

de su magnificencia, vuestro heroísmo y vuestras tareas anhelantes; es necesario que se aleje esa perspectiva, para poder contemplar su grandeza en el brillante inmenso mármol de la inmortalidad, el sereno buril de la historia levantará el pujante enérgico relieve, y entonces se destacarán ante la posteridad agradecida, en toda su radiante majestad, los nobles sacrificios y gloriosas acciones que habéis consagrado a la Patria.

“Y cuando vos, que sois el símbolo de tantas altezas; que personificáis el bienestar y progreso de la República, hasta haber llegado a llamarse el bienestar y progreso nacionales, *Porfirio Díaz*; cuando vos honráis con vuestra visita a Nuevo León, a su Capital, ella alborozada se estremece al recibirlos, y os da por mi boca las gracias por vuestra presencia, y más cuando en la ilustre comitiva que os acompaña, figuran los Sres. Secretarios de Estado, de Gobernación y de Hacienda, de Justicia y de Comunicaciones y Obras Públicas.

“Por todo ello, por tanta honra como nos dispensáis, en nombre y representación del Estado, os doy con efusión la bienvenida.

“Y vosotros que me escucháis, Señores, que representáis la Administración Pública, lo más granado de la sociedad con sus ilustraciones, su industria y su comercio; que os habéis empeñado, especialmente los que formáis la Comisión de Obsequio, en que recibamos del modo que merece, dentro de nuestras posibilidades, a *Porfirio Díaz* (permitidme, Sr. Presidente, designaros así con vuestro altísimo prestigioso nombre); tened a bien alzar vuestras copas, y brindad conmigo, porque él, que es prez y orgullo de la Patria, defensor en grado heroico, de sus libertades y de su independencia, autor de sus magnos preciados adelantos, hacedor de la época más hermosa de su historia, está con nosotros y entre nosotros; por la gratitud que Nuevo León, como todos los Estados de la República le debe; y por su grandeza inmortal y por su gloria”.

“Señor Gobernador:  
Señores:

“En el elocuente brindis que acabamos de escuchar, hay conceptos expuestos con tanta delicadeza y marcado espíritu de amistad, que sólo puedo aceptarlos como muestra de la bien correspondida benevolencia con que me distingue su autor. Pero no por poco merecidos obligan menos mi reconocimiento. He aquí por qué, al contestar comienzo por darle las gracias muy cordialmente; y las doy también en nombre de mis con-huéspedes y en el



mío propio, a esta simpática y hermosa Ciudad, por la espléndida bienvenida con que han tenido la bondad de honrarnos.

“La impresión que nos ha hecho su munificencia, es tan grata y tan grande, que no sabemos qué admirar y qué agradecer más: si la delicada hospitalidad, elegancia y buen gusto que han derrochado en nuestra recepción, o la lujosa exposición que en ella nos hacen de sus muchas y muy interesantes mejoras, que ya conocíamos de fama, y que ahora tienen la bondad de presentarnos en minuciosa revista, engalanadas con el rico atavío que, como en este caso, debía ser siempre distintivo del verdadero mérito.

“Si la hospitalidad y atenciones de que somos objeto, nos hacen dichosos los días que pasamos al lado de nuestros amables anfitriones nuevoleonenses, la exposición de sus mejoras nos proporciona la ocasión muy plausible de conocer detalladamente, apreciar y contemplar con noble orgullo nacional, los abundantes, variados y valiosos frutos que es capaz de producir la acción inteligente, viril y armónica del espíritu de empresa, del capital y del trabajo, cuando está presidida por una escrupulosa honradez, apoyada por el crédito que esta inapreciable virtud prorroga con su presidencia, y sólidamente protegida por un Gobierno que con mano firme y conciencia recta y clara, garantiza la vida, la propiedad, la libertad, la honra y todos los derechos definidos del hombre y del ciudadano.

“Diez y seis años, poco más o menos, de inteligente labor, al amparo de los grandes elementos de prosperidad que acabamos de mencionar, han sido bastantes no sólo para despertar y poner en acción fructuosa la inteligencia industrial y noble ambición nuevoleonenses; sino que la merecida fama de sus resultados satisfactorios, llamó y sigue llamando de todas partes capital, actividad, energía y demás aptitudes complementarias del genio, que estimuladas entre sí y compitiendo en valiente iniciativa y noble brío, han trazado y perfeccionan y magnifican todos los días este gran cuadro, verdadero muestrario de los adelantos industriales de Nuevo León, que con fundado y noble orgullo nos ofrece su culta Capital.

“Es cierto que este magnífico cuadro es la manifestación objetiva y la medida de la actual prosperidad y adelantada civilización de este inteligente y laborioso pueblo; pero no lo es menos, que después de él hay algo que reclama toda nuestra atención: tanto más imperiosamente, cuanto que ese algo tiende a preparar un porvenir aún más próspero. Sin embargo, no me sorprende, porque era natural que un pueblo que ha creado hombres como Zaragoza y producidos como Zuazua y Escobedo, Treviño y Naranjo, y tantos héroes sin nombre, tenía que encaminarse a su elevado destino, tan luego como se le permitiera aplicar a la paz, las energías que le impulsaron en la guerra. Y así se ve que tan luego como este inapreciable bien se estableció, y se normalizó la función gubernativa en el Estado, su

Gobierno cumpliendo el primero y más trascendental de sus deberes, y deseoso de que las numerosas y escogidas altas que para el censo de Monterrey ha enganchado su entusiasmo industrial, no hagan de esta privilegiada tierra mansión de paso, sino que con buena voluntad y persuasiva conveniencia, se decidan a dejarle sus huesos en cambio de la generosidad con que les paga su actividad, su trabajo y su talento; provee con inteligencia, con largueza y con empeño, a la instrucción primaria, secundaria y superior de sus hijos, para que sin las contrariedades que su ausencia, en busca de enseñanza, causaría a sus familias, y principalmente a las madres, puedan educarse, ilustrarse y hasta hacerse sabios si lo desean, aquí mismo, al lado de ellas y al lado de la generación a que pertenecen, y en cuya sociedad han de vivir si definitivamente adoptan esta Patria hospitalaria, dispuesta a recibirlos en su regazo con todo el amor maternal con que ama a sus hijos, según sus méritos y sin distinción alguna entre adoptivos y naturales.

“En fin, Señores, ahora que tengo la grata satisfacción de ver a mi alrededor lo más granado del personal industrial, nacional y extranjero, y del personal gubernativo, que mancomunando su viril e inteligente acción, levantaron a Monterrey a la altura en que, con razón, se ostenta orgullosa; ahora que tengo el gusto de partir el pan con ellos en su propia mesa, y de brindar con ellos, por su muy merecida prosperidad, me alegro mucho de poderles decir, de acuerdo con mi conciencia que jamás me ha engañado:

“¡Obreros del progreso de Nuevo León, nacionales y extranjeros, habéis merecido bien de esta República cuya riqueza nacional y hábito de trabajo cultiváis y engrandecéis con el vuestro y con vuestra bien ganada riqueza particular! En cuanto al Sr. Gobernador, que inspira, impulsa y simboliza el personal administrativo, recordaré para honra suya, que hace 18 años al ascenderlo de Coronel a General de Brigada efectivo, en premio de una acción muy distinguida, le dije como único elogio: “Así se esgrimen las armas con que nos honra la Patria. Así cumple la protesta a su bandera, un militar correcto y honorable”; y ahora, 18 años después, y después de estudiar detalladamente los grandes beneficios que bajo su inteligencia y acertado mando, alcanzó este bravo, inteligente y laborioso Estado, considero justo decirle condensando todos los elogios que me inspiran sus obras: “General Reyes, así se gobierna; así se corresponde al soberano mandato del pueblo”.

“Señores: por la creciente prosperidad de Nuevo León, y por la honra muy merecida que ella derrama sobre sus autores”.

Como se había previsto los dos discursos causaron un enorme revuelo en las esferas oficiales y en los centros políticos y sociales. La frase del General Díaz “considero justo decirle condensando todos los elogios que me inspiran



sus obras: General Reyes, así se gobierna; así se corresponde al soberano mandato del pueblo".

Aquello significaba para unos el espaldarazo definitivo para significarlo como candidato a más altos designios; para otros era el aviso que debían tener en cuenta quienes veían con recelo la vigorosa personalidad política del General Reyes.

Lo cierto del caso es que poco tiempo después fue llamado el General Reyes a ocupar la Secretaría de Guerra y Marina. Su labor se destacó de tal manera que su nombre resonó en todos los ámbitos del país, al grado de considerársele como el indicado para suceder en la Presidencia al General Díaz, al mismo tiempo que despertaba dormidas ambiciones de quienes se sentían con mayores derechos.

Pero como el tema me lleva fácilmente a olvidarme del objeto principal de esta crónica, lo dejo en puntos suspensivos regresando al bullicio del banquete.

Abrazos efusivos, frases elogiosas, risas altisonantes y despedidas momentáneas. Se había escrito una página más en la historia de México.

\* \* \* \*

En la noche se verificó una serenata en la Plaza Zaragoza en la que la enorme concurrencia dio especial esplendor. Pero en tanto la gente se divertía en la Plaza, en la casa del General Reyes tenía lugar una reunión a iniciativa del General Díaz. Merece comentario aparte.

## V

### REUNIÓN ÍNTIMA

En un amplio salón de la casa habitación del General Reyes se encontraban reunidos un grupo distinguido de ameritados Generales.

Sin la formalidad de una junta oficial se destacaba presidiendo la reunión la figura marcial del General Díaz. Sus setenta y tres años de edad le daban prestancia y aún los observadores podían advertir que habían desaparecido los rasgos indígenas que distinguieron al General Díaz durante sus primeros años de guerrillero. La piocha negra y rala había sido suprimida y el bigote desordenado se había transformado en guías bien cuidadas de tono blanco. El cutis sonrosado dejaba en el recuerdo el bronce de los soles

veraniegos. Distantes estaban ya las campañas a lomo de caballo, y las fatigas de combates, correrías y desvelos.

Sentado en amplio sillón, acojinado de rojo, contemplaba ante sí a numerosos compañeros de armas y allá, en su fuero interno, rememoraba las vicisitudes por que había pasado el país, y en las que él y quienes con él estaban, participaron con las armas, unas veces combatiendo hombro con hombro, y otras en distintas posiciones. Así de veleidosa es la política.

Semejantes conjeturas internas hacían sus contertulios, avalados por relevantes hechos que formaban parte de la historia. Allí estaban, además del Gral. Bernardo Reyes, los Generales Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño y Lic. Lázaro Garza Ayala, además de quienes acompañaron al General Díaz desde México, Grales.: Mariano Escobedo; Manuel González Cossío, Ministro de Gobernación; Francisco Z. Mena, de Comunicaciones; Lic. José Ives Limantour, de Hacienda; Lic. Joaquín Baranda, de Justicia; y Cap. Porfirio Díaz, hijo. Estaban también don Miguel Cárdenas, Gobernador de Coahuila; don Adolfo Zambrano, don Francisco G. Sada; don José Calderón; don Fernando Zambrano...

La invitación fue sugerida por el General Díaz. Deseaba departir con sus viejos amigos y compañeros de armas. Todos vestían uniformes de gala y lucían en el pecho medallas y preseas de memorables triunfos. El transcurso inexorable del tiempo había dejado en los semblantes huellas en forma de arrugas y de manchas, y en el cabello el blanco distintivo de una lejana juventud.

Aquella histórica y vistosa reunión acreditaba la habilidad del General Díaz. Se impuso la tarea, nada fácil, de establecer la paz y los hechos demostraban que había logrado sus propósitos. Tal vez ninguna región del país ofrecía tan grandes y hondas dificultades como Nuevo León. Aquí habían surgido caudillos de la Reforma y de la Intervención Francesa, cuya participación, especialmente en la restauración de la República, adquiriría relevos nacionales de la mayor categoría política.

Por supuesto que otros Estados contaban con elementos de gran significación; pero en singular: el Gral. Jesús González Ortega, en Zacatecas; el Gral. Ramón Corona, en Jalisco; el mismo Gral. Porfirio Díaz, en Oaxaca; el Gral. Servando Canales, en Tamaulipas; el Gral. Santos Degollado, en Guanajuato; el Gral. Manuel Doblado, en Jalisco; el Gral. Andrés S. Viesca, en Coahuila.

Nuevo León se destacaba con la nómina más nutrida: Generales: Mariano Escobedo, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Lic. Lázaro Garza Ayala; Dr. Ignacio Martínez; Pedro Martínez... todos ellos posibles aspirantes a la Presidencia de la República, y fermentos conscientes o inconscientes de una permanente inquietud política en el Estado.



sus obras: General Reyes, así se gobierna; así se corresponde al soberano mandato del pueblo".

Aquello significaba para unos el espaldarazo definitivo para significarlo como candidato a más altos designios; para otros era el aviso que debían tener en cuenta quienes veían con recelo la vigorosa personalidad política del General Reyes.

Lo cierto del caso es que poco tiempo después fue llamado el General Reyes a ocupar la Secretaría de Guerra y Marina. Su labor se destacó de tal manera que su nombre resonó en todos los ámbitos del país, al grado de considerársele como el indicado para suceder en la Presidencia al General Díaz, al mismo tiempo que despertaba dormidas ambiciones de quienes se sentían con mayores derechos.

Pero como el tema me lleva fácilmente a olvidarme del objeto principal de esta crónica, lo dejo en puntos suspensivos regresando al bullicio del banquete.

Abrazos efusivos, frases elogiosas, risas altisonantes y despedidas momentáneas. Se había escrito una página más en la historia de México.

\* \* \* \*

En la noche se verificó una serenata en la Plaza Zaragoza en la que la enorme concurrencia dio especial esplendor. Pero en tanto la gente se divertía en la Plaza, en la casa del General Reyes tenía lugar una reunión a iniciativa del General Díaz. Merece comentario aparte.

## V

### REUNIÓN ÍNTIMA

En un amplio salón de la casa habitación del General Reyes se encontraban reunidos un grupo distinguido de ameritados Generales.

Sin la formalidad de una junta oficial se destacaba presidiendo la reunión la figura marcial del General Díaz. Sus setenta y tres años de edad le daban prestancia y aún los observadores podían advertir que habían desaparecido los rasgos indígenas que distinguieron al General Díaz durante sus primeros años de guerrillero. La piocha negra y rala había sido suprimida y el bigote desordenado se había transformado en guías bien cuidadas de tono blanco. El cutis sonrosado dejaba en el recuerdo el bronce de los soles

veraniegos. Distantes estaban ya las campañas a lomo de caballo, y las fatigas de combates, correrías y desvelos.

Sentado en amplio sillón, acojinado de rojo, contemplaba ante sí a numerosos compañeros de armas y allá, en su fuero interno, rememoraba las vicisitudes por que había pasado el país, y en las que él y quienes con él estaban, participaron con las armas, unas veces combatiendo hombro con hombro, y otras en distintas posiciones. Así de veleidosa es la política.

Semejantes conjeturas internas hacían sus contertulios, avalados por relevantes hechos que formaban parte de la historia. Allí estaban, además del Gral. Bernardo Reyes, los Generales Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño y Lic. Lázaro Garza Ayala, además de quienes acompañaron al General Díaz desde México, Grales.: Mariano Escobedo; Manuel González Cossío, Ministro de Gobernación; Francisco Z. Mena, de Comunicaciones; Lic. José Ives Limantour, de Hacienda; Lic. Joaquín Baranda, de Justicia; y Cap. Porfirio Díaz, hijo. Estaban también don Miguel Cárdenas, Gobernador de Coahuila; don Adolfo Zambrano, don Francisco G. Sada; don José Calderón; don Fernando Zambrano...

La invitación fue sugerida por el General Díaz. Deseaba departir con sus viejos amigos y compañeros de armas. Todos vestían uniformes de gala y lucían en el pecho medallas y preseas de memorables triunfos. El transcurso inexorable del tiempo había dejado en los semblantes huellas en forma de arrugas y de manchas, y en el cabello el blanco distintivo de una lejana juventud.

Aquella histórica y vistosa reunión acreditaba la habilidad del General Díaz. Se impuso la tarea, nada fácil, de establecer la paz y los hechos demostraban que había logrado sus propósitos. Tal vez ninguna región del país ofrecía tan grandes y hondas dificultades como Nuevo León. Aquí habían surgido caudillos de la Reforma y de la Intervención Francesa, cuya participación, especialmente en la restauración de la República, adquiriría relevos nacionales de la mayor categoría política.

Por supuesto que otros Estados contaban con elementos de gran significación; pero en singular: el Gral. Jesús González Ortega, en Zacatecas; el Gral. Ramón Corona, en Jalisco; el mismo Gral. Porfirio Díaz, en Oaxaca; el Gral. Servando Canales, en Tamaulipas; el Gral. Santos Degollado, en Guanajuato; el Gral. Manuel Doblado, en Jalisco; el Gral. Andrés S. Viesca, en Coahuila.

Nuevo León se destacaba con la nómina más nutrida: Generales: Mariano Escobedo, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Lic. Lázaro Garza Ayala; Dr. Ignacio Martínez; Pedro Martínez... todos ellos posibles aspirantes a la Presidencia de la República, y fermentos conscientes o inconscientes de una permanente inquietud política en el Estado.



Fue, tal vez, el problema más difícil para el General Díaz. No cabía pensar en acabar con la intranquilidad en el Estado, sin antes destruir de raíz su origen. Al mismo tiempo era preciso emplear alguna fórmula que no produjera rencores ni desajustes graves.

La oportunidad se presentó cuando, a raíz de las elecciones para Gobernador del Estado, resultó electo el Lic. Genaro Garza García quien contendió con el Lic. Lázaro Garza Ayala. Apenas se hizo cargo del puesto, se vio asediado por una oposición tremenda que originó motines y malestar general, lo que orilló a las fuerzas federales a declarar el estado de sitio, quedando imposibilitado para continuar gobernando.

Fue el momento propicio para que una persona ajena a la división existente entre los prohombres de la política militante entrara en acción. Correspondió desempeñar esta delicada misión al Gral. Bernardo Reyes por designación que hizo en su favor el Senado de la República.

Con esta mención histórica nos colocamos en la época, situando a Nuevo León en la panorámica porfiriana de la paz, palabra mágica que contenía para don Porfirio el anhelo más grande de su vida.

Pero además había que agregar el despliegue de energía del General Reyes, encauzado hacia el bienestar del Estado, mediante la industrialización, y entonces a la palabra paz se le agregó la de progreso.

Tales atributos, abonados a la hoja de servicios del General Reyes justificaban la visita del General Díaz, poco afecto a los viajes, y satisfacía en su fuero interno el acierto de la designación en favor de su anfitrión, a la vez que suponía el pueblo nuevoleonés se daría por bien servido al contar con un gobernante que si no era originario del Estado le servía en una entrega sin reservas.

Esto explica la reunión amistosa de personalidades nuevoleonésas con el General Reyes.

Los uniformes de gala ofrecían el contraste de una visión legendaria frente a los trajes de etiqueta. Hablaban los primeros de rudas y peligrosas jornadas, en que la vida se jugaba cada día, y los segundos del proceso constructivo de una nueva sociedad fincada en los beneficios producidos por la paz. El ayer y el presente se daban la mano.

Para el General Díaz el ambiente de la tertulia le parecía interesante. Analizaba el pasado, el ayer, veía el semblante de sus compañeros de armas y encontraba en sus rasgos la tranquilidad de quienes consideran cumplida su misión. Allí estaban sus amigos de siempre y los que, en determinadas ocasiones, lo combatieron, como el General Escobedo y el General Garza

Ayala; pero le satisfacía que, gracias a su política conciliatoria, todos estuviesen colaborando con su gobierno.

Parco en el hablar, sabía en cambio escuchar. Sin embargo mantenía el interés de la charla recordando incidentes de pasadas luchas, con alusiones, siempre encomiásticas de sus compañeros, que obligaban al diálogo.

Nadie se atrevía a mencionar la batalla de Icamole, en la que el General Díaz fue totalmente derrotado; pero él abordó el tema dándole un tinte festivo.

“Se ha dicho, comentó, que lloré después de la derrota. Tal vez así fue. Han transcurrido de aquel suceso a la fecha 22 años, y algo se escapa de mi memoria. Lo que no olvido es que, confiado en la valentía de los hombres de Nuevo León, vine con la seguridad de que mi presencia serviría de estímulo para precipitar los acontecimientos y obtener el triunfo rápidamente.

“Nada más que se olvidó, mi General, de que combatiría contra nuevoleonéses también —expresó el Gral. Treviño—.

“Claro que no hice caso de eso —replicó el General Díaz— máxime cuando tenía a mi lado militares de bien ganada fama de valientes, como usted, y los Generales Naranjo, Charles y Vara.

“¿Y los contrarios?, interrogó el General Naranjo”.

“Al mando de los Generales Fuero, Julián Quiroga y Juan E. Guerra nos pegaron con ganas, al grado de que estuve en serio peligro de perder la vida. Pero como eran soldados de aquí a mis compañeros de armas les pareció aquello muy natural.

“Y eso —agregó el General Naranjo— que no asistieron al combate los Generales Escobedo y Garza Ayala.

“Pero en cambio, expresó el General Díaz con emotivo ademán, aquí los tenemos en plan de amigos, lo que es mucho mejor”.

Terminó así el incidente, que recordaba una etapa dramática de nuestra historia.

Había llegado el General Díaz a la cúspide de su carrera política. Se le admiraba y se le discutía. ¿Cuánto tiempo más se proyectaría su influencia en los destinos del país?

Principiaban a manifestarse inquietudes que pronto se canalizaron hacia la oposición. Pensaban los inquietos o inconformes en la necesidad de una reforma política substancial, considerando que no era suficiente la paz para un pueblo que requería de estímulos sociales y económicos para progresar.

Pero, sin penetrar en el futuro que se hace rápidamente presente, lo cierto era que en ese momento de un día frío de diciembre de 1898, allí estaba don Porfirio rodeado de admiración.



En otro salón estaban reunidas las damas. No puede precisarse el contenido de una determinada conversación. Cada grupo de tres o más damas formaba un corrillo, hablando al mismo tiempo todas, suponiéndose que entre sí se entendían.

La señora doña Aurelia Ochoa de Reyes con diligencia se encargaba de presentar a cada una de las damas a tiempo que llegaban. Los cumplidos eran breves en gracia a la afluencia de visitantes.

El ambiente era acogedor. Daban nota de distinción los vestidos, entallados en la cintura, dejando cierta amplitud en el pecho, y más en las caderas que se ensanchaban mediante el uso del polisón. Las faldas llegaban hasta rozar los zapatos. Era el tiempo de las curvas acentuadas y de los sofocos causados por el rigor del corsé.

Completaban el atuendo flores en el pecho, sombrero de amplias alas, y joyas en manos, cuello y orejas. Brillantes, rubíes y esmeraldas lucían en amplia y fastuosa competencia.

¿Qué se comentaba en aquel amplio, alegre y ruidoso salón? Tal vez la prestancia de doña Aurelia, que sin alardes de grandeza y antes bien, con natural modestia y simpatía atendía todos los pormenores de una reunión, que dentro de las normas de la elevada posición de las asistentes, se respiraba un ambiente de agradable naturalidad que hacía los momentos acogedores, propicios a establecer un trato amistoso. Ciertamente que la señora esposa del General Reyes se veía siempre atareada para la atención de sus numerosos hijos; pero cierto también que había en ella disposiciones de tal categoría, que sin complicaciones podía a la vez ocuparse de todas aquellas actuaciones que se derivaban de su posición como primera dama del Estado. Cumplía así con los deberes de esposa y madre y a la vez de distinguida y enterada anfitriona como sucedía en aquel memorable momento.

En esta forma, en tanto los caballeros hablaban de cuestiones importantes de sus propias vidas y de lo que atañía al orden público, las damas gustando de vinos de suave bouquet departían sobre cuestiones de modas, que siempre para la mujer, en todas las épocas y en todos los tiempos, ha sido y será un interesante tema.

## VI

### PANORÁMICA DE LA ÉPOCA

Abro un paréntesis en esta relación con el propósito, que considero justo y útil, de anotar a las personas que en esa época figuraban en lugares pro-

minentes en el Gobierno del Estado y del Municipio, así como dibujar la vida de entonces tomando en cuenta las principales facetas. Importa presentar el panorama de Monterrey y del Estado en el momento en que nos visitó el Gral. don Porfirio Díaz, en su carácter de Presidente de la República. ¿Cuál era entonces la importancia económica, política, cultural y cívica de Nuevo León?

En tales pormenores trataré de presentar, como antes digo un dibujo, tal vez sería más propio decir un esquema.

Gobernaba el Estado el Gral. Bernardo Reyes, con singular significación. Su carácter dominante era guiado por un talento claro y un espíritu de servicio que llegaba al sacrificio personal. No medía el tiempo dedicado al trabajo. Sólo así se explica que, atendiendo a las obligaciones que emanaban de su cargo de Gobernador, además fuese Presidente del Casino durante largos años y al mismo tiempo atendiera a la organización moral y material de la masonería, y a la industrialización.

Por supuesto que esos cargos y otros más de significación social, económica y política no eran simples motivos de honor. La acción en él era preponderante.

No es extraño que al organizarse el Comité para atender al General Díaz asumiera la Presidencia.

Con él colaboraba intensamente don Ramón García Chávarri en el cargo de Secretario General de Gobierno. Se distinguía por su laboriosidad, inteligencia clara, y por su honestidad. Era asistido eficazmente por el Oficial Primero, don Pedro N. Díaz.

En la Tesorería General del Estado actuaba con carácter de Tesorero don David Guerra, hombre recto en toda la amplitud del vocablo.

Este equipo director, modesto y efectivo, asumía la responsabilidad administrativa del Estado.

Veamos otras ramas oficiales, entre las que se distingue el Congreso del Estado. Hablamos de 1898 y su integración era la siguiente:

#### Diputados Propietarios:

Lic. Cipriano Madrigal  
Margarito Garza  
Ing. Manuel G. Rivero  
Marcelo Salinas  
Luis Elizondo  
Lic. Pedro Benítez Leal



En otro salón estaban reunidas las damas. No puede precisarse el contenido de una determinada conversación. Cada grupo de tres o más damas formaba un corrillo, hablando al mismo tiempo todas, suponiéndose que entre sí se entendían.

La señora doña Aurelia Ochoa de Reyes con diligencia se encargaba de presentar a cada una de las damas a tiempo que llegaban. Los cumplidos eran breves en gracia a la afluencia de visitantes.

El ambiente era acogedor. Daban nota de distinción los vestidos, entallados en la cintura, dejando cierta amplitud en el pecho, y más en las caderas que se ensanchaban mediante el uso del polisón. Las faldas llegaban hasta rozar los zapatos. Era el tiempo de las curvas acentuadas y de los sofocos causados por el rigor del corsé.

Completaban el atuendo flores en el pecho, sombrero de amplias alas, y joyas en manos, cuello y orejas. Brillantes, rubíes y esmeraldas lucían en amplia y fastuosa competencia.

¿Qué se comentaba en aquel amplio, alegre y ruidoso salón? Tal vez la prestancia de doña Aurelia, que sin alardes de grandeza y antes bien, con natural modestia y simpatía atendía todos los pormenores de una reunión, que dentro de las normas de la elevada posición de las asistentes, se respiraba un ambiente de agradable naturalidad que hacía los momentos acogedores, propicios a establecer un trato amistoso. Ciertamente que la señora esposa del General Reyes se veía siempre atareada para la atención de sus numerosos hijos; pero cierto también que había en ella disposiciones de tal categoría, que sin complicaciones podía a la vez ocuparse de todas aquellas actuaciones que se derivaban de su posición como primera dama del Estado. Cumplía así con los deberes de esposa y madre y a la vez de distinguida y enterada anfitriona como sucedía en aquel memorable momento.

En esta forma, en tanto los caballeros hablaban de cuestiones importantes de sus propias vidas y de lo que atañía al orden público, las damas gustando de vinos de suave bouquet departían sobre cuestiones de modas, que siempre para la mujer, en todas las épocas y en todos los tiempos, ha sido y será un interesante tema.

## VI

### PANORÁMICA DE LA ÉPOCA

Abro un paréntesis en esta relación con el propósito, que considero justo y útil, de anotar a las personas que en esa época figuraban en lugares pro-

minentes en el Gobierno del Estado y del Municipio, así como dibujar la vida de entonces tomando en cuenta las principales facetas. Importa presentar el panorama de Monterrey y del Estado en el momento en que nos visitó el Gral. don Porfirio Díaz, en su carácter de Presidente de la República. ¿Cuál era entonces la importancia económica, política, cultural y cívica de Nuevo León?

En tales pormenores trataré de presentar, como antes digo un dibujo, tal vez sería más propio decir un esquema.

Gobernaba el Estado el Gral. Bernardo Reyes, con singular significación. Su carácter dominante era guiado por un talento claro y un espíritu de servicio que llegaba al sacrificio personal. No medía el tiempo dedicado al trabajo. Sólo así se explica que, atendiendo a las obligaciones que emanaban de su cargo de Gobernador, además fuese Presidente del Casino durante largos años y al mismo tiempo atendiera a la organización moral y material de la masonería, y a la industrialización.

Por supuesto que esos cargos y otros más de significación social, económica y política no eran simples motivos de honor. La acción en él era preponderante.

No es extraño que al organizarse el Comité para atender al General Díaz asumiera la Presidencia.

Con él colaboraba intensamente don Ramón García Chávarri en el cargo de Secretario General de Gobierno. Se distinguía por su laboriosidad, inteligencia clara, y por su honestidad. Era asistido eficazmente por el Oficial Primero, don Pedro N. Díaz.

En la Tesorería General del Estado actuaba con carácter de Tesorero don David Guerra, hombre recto en toda la amplitud del vocablo.

Este equipo director, modesto y efectivo, asumía la responsabilidad administrativa del Estado.

Veamos otras ramas oficiales, entre las que se distingue el Congreso del Estado. Hablamos de 1898 y su integración era la siguiente:

#### Diputados Propietarios:

Lic. Cipriano Madrigal

Margarito Garza

Ing. Manuel G. Rivero

Marcelo Salinas

Luis Elizondo

Lic. Pedro Benítez Leal



Aurelio Lartigue  
Dr. Ramón E. Treviño  
Víctor de la Garza  
Rafael García Fernández.

Suplentes:

Lic. Vicente Garza Cantú  
Dr. Donaciano Zambrano  
Platón Treviño  
Lic. Carlos Treviño  
Cristóbal Ordóñez  
Dr. Pedro Noriega  
Francisco Salazar  
Luis G. Cortés  
Lic. Carlos Villarreal  
Arnulfo Botello.

\* \* \* \*

Puestos en este plano cabe recordar a los Senadores que representaban a Nuevo León en el respetable cuerpo legislativo del Congreso de la Unión, señores Lic. Carlos F. Ayala y Dr. J. Peón Contreras.

\* \* \* \*

El Supremo Tribunal de Justicia del Estado estaba integrado como sigue:

Presidente: Lic. Francisco Valdés Gómez.  
2a. Sala: Lic. José Juan Lozano  
3a. Sala: Lic. Juan J. Barrera.

Suplentes:

Lics. Manuel Morales Treviño, Virgilio Garza y Manuel Z. de la Garza.

Ministro Fiscal: Lic. Carlos Lozano.  
Defensor de Oficio: Lic. Roque de Luna.  
Secretario: Lic. Antonio Sepúlveda.

Completaban el funcionamiento de la justicia los Juzgados del Ramo Penal y Civil. Existían en Monterrey dos de cada rama, atendidos como sigue:

Juzgado 1o. de lo Penal

Juez: Lic. Apolonio S. Santos.  
Secretario: Lic. Andrés C. Cadena.  
Juez 2o.: Lic. Ventura Guajardo.  
Secretario: Lic. Carmen A. Montemayor.

Ramo Civil - Juzgado 1o.

Juez: Lic. Carlos Treviño.  
Secretario: Lic. Ismael Dávila.

Ramo Civil - Juzgado 2o.

Juez: Lic. Carlos Lozano.  
Secretario: Lic. Bartolomé Ramírez Anguiano.  
Ministerio Público: Lic. Crispiniano Madrigal.  
Suplente: Lic. Juan F. Buchard.

En asuntos de poca monta actuaban los Jueces locales señores: don Manuel Gutiérrez, don Ramón Z. Treviño, don Felicitos Garza y don Ramón N. González.

\* \* \* \*

Y como andamos en los campos de Temis, en donde la balanza de la justicia no siempre queda en la posición que corresponde, es el caso de mencionar el número de los togados sobre cuya conciencia gravitaba el difícil papel de "abogado".

Residían en el Estado 98 Licenciados en Leyes, de los cuales 65 vivían en Monterrey y 33 fuera del Estado. La mayor parte de estos profesionistas se recibieron en la Escuela de Jurisprudencia de Monterrey.

Y puesto que nos estamos moviendo en el mundo universitario, en aquella época sumido en las vertientes cristalinas del estudio y del saber, recordemos que atendían a la salud de los habitantes de Monterrey 124 Médicos, cuyas actividades se vieron muy comprometidas con motivo de la fiebre amarilla que invadió al Estado durante los meses de octubre a diciembre de 1898.

De las constancias que obran en el archivo del Estado, numerosas y minuciosas, se observa una actividad extraordinaria del General Reyes tendiente a combatir la epidemia, que puede calificarse de excesiva, de no tener como origen la amenaza de una positiva calamidad pública.



La fiebre amarilla apareció en Tampico en julio del mismo año y para agosto la mortandad era alarmante. Procedió el General Reyes a dictar las más drásticas disposiciones para evitar que la epidemia invadiera territorio de Nuevo León. Se comunicó con el Gobernador de Tamaulipas, autoridades de Tampico, Secretaría de Gobernación y de Salubridad, a la ciudad de México, solicitando la más amplia y rápida colaboración para evitar la propagación de la peligrosa enfermedad, colaboración que logró de inmediato. Para una más eficaz ayuda envió a Cd. Victoria, a donde había llegado la epidemia en septiembre, al Dr. Melesio A. Martínez.

Se desplegó tal actividad por las autoridades de Nuevo León, que la alarma causada originó la más escrupulosa atención del Gobierno Federal y de los Estados de Tamaulipas y Coahuila, estableciéndose cuarentenas y haciéndose desinfecciones en los trenes de pasajeros y en los vehículos que transitaban en esos territorios.

Debía presentar la salubridad pública una muy clara situación favorable para que no existiese pretexto alguno que frustrara la visita del General Díaz.

Se calcula que del 10 de octubre al 1o. de diciembre, período que duró la epidemia en Nuevo León, hubo 280 defunciones, la mayor parte acaecidas en Monterrey.

Página negra que contrastaba con el ambiente general lleno de realizaciones felices para el pueblo en general.

\* \* \* \*

El Registro Público de la Propiedad estaba a cargo del decano de los Notarios Públicos, Escribano D. Tomás C. Pacheco, tenido justamente por hombre probo, inteligente, apegado a sus funciones, y de amplio y bien nutrido criterio.

\* \* \* \*

Habiéndose expedido por los Poderes Federales la Ley de Pesas y Medidas en el año de 1895, y no ajustándose a ella la mayor parte de la población, de preferencia industriales y comerciales, se propuso el General Reyes acabar con esa situación.

El nuevo sistema con base en los principios decimales, terminaba con la libra y la yarda, que se substituían en el kilo y el metro.

A base de propaganda, y en casos especiales de multas, se logró imponer el nuevo sistema, más práctico y sencillo que el anterior.

\* \* \* \*

La policía estaba integrada por un Comandante, 4 oficiales y 161 hombres de tropa. Hacían el servicio regular en Monterrey y realizaban, en los Municipios en que era necesario, incursiones contra el abigeato o para cooperar en situaciones especiales.

\* \* \* \*

Considerada la ciudad de Monterrey como un centro comercial de importancia, varias naciones tenían acreditados a sus representantes consulares, entre quienes puedo citar a los siguientes:

Gran Bretaña	- Vice-Cónsul:	Sr. John C. Middleton.
España	- Cónsul:	Sr. Francisco Armendáriz y Asuaga.
Italia	- Cónsul:	Sr. Miguel Ferrara.
Estados Unidos		
del Norte	Cónsul:	Sr. John K. Pollard.
	Vice-Cónsul:	Sr. Philip Carroll.
Bélgica	- Cónsul:	Sr. A. Monnom.
Alemania	- Vice-Cónsul:	Sr. Pablo Burchard.

\* \* \* \*

El Consejo de Salubridad, que tan trascendental papel desempeñó durante la epidemia de la fiebre amarilla, estaba integrado como sigue:

Presidente:	Gral. Bernardo Reyes.
Vice-Presidente:	Dr. Juan de Dios Treviño.
Secretario:	Dr. Lorenzo Sepúlveda.
Vocales:	Dr. José Ma. Lozano.
	Dr. Antonio García Garza.
	Dr. Santos Garza.
	Dr. Pedro Noriega.
	Dr. Amado Fernández.

\* \* \* \*

La preferente atención del General Reyes a la Educación Pública no tenía más límite en lo económico que las posibilidades del Erario.

Existían en el Estado 326 escuelas primarias oficiales con 20,527 alumnos; 326 Profesores y 255 ayudantes en su mayoría normalistas.

Además había 91 escuelas particulares primarias que atendían 91 Profesores y 74 ayudantes, con la cantidad de 3865 alumnos. El gasto del Estado montó a \$ 120,565.00.

En el Colegio Civil asistían 172 estudiantes de secundaria que recibían



clases de 18 Profesores servidos por 6 ayudantes. El costo de sostenimiento durante el año fue de \$ 12,395.00.

\* \* \* \*

En la Escuela de Jurisprudencia asistieron 28 alumnos atendidos por 5 Profesores. El costo fue de \$ 2,640.00; pues los catedráticos no cobraban sueldo.

\* \* \* \*

La Escuela de Medicina estuvo atendida por 14 Profesores y un preparador, con 30 alumnos. La erogación fue de \$ 3,250.00.

Escuela Normal. El personal de la escuela se integraba por 9 Profesores, un preparador y 57 alumnos. El gasto anual montó a \$ 3,588.00.

En cuanto a la anexa para Señoritas, en la que se impartía educación comercial, se inscribieron 120 alumnas impartiendo las cátedras 8 Profesores y 2 ayudantes. El gasto anual fue de \$ 3,420.00.

\* \* \* \*

Siguiendo el ritmo de los números anotaremos el monto del Presupuesto de Egresos del Estado en ese venturoso año de 1898, el que montó a la cantidad de \$ 182,000.00.

Así de pequeña era la suma disponible para atender a toda clase de erogaciones incluyendo las mejoras materiales. Y así se realizaron obras de tan gran valor artístico, funcional y real, como la Penitenciaría y el Palacio de Gobierno del Estado.

\* \* \* \*

Para completar el panorama veamos estos números:

Habitantes del Estado:	318,685
incluidos los de Monterrey:	55,606

Se ocurre esta reflexión: En 1898 Monterrey contaba con menos del 18% de la población, y en la actualidad concentra algo así como el 70%. Que de la razón de este fenómeno demográfico para un estudio interesante por quien pueda hacerlo.

Pasemos a otros renglones no menos interesantes. Durante el año se realizaron 2,738 matrimonios, los que, obedeciendo a las palabras del creador, seguramente que aumentaron la población en un buen porcentaje.

Por lo pronto en el mismo año nacieron 13,132 niños, y hubo 10,707 defunciones.

\* \* \* \*

En el ancho campo de las finanzas, en el que desempeñan importante papel los Bancos, es de mencionarse la existencia del Banco Milmo, el de Nuevo León y las Sucursales del Banco de Londres y México y del Banco Nacional de México.

\* \* \* \*

Detengámonos ahora, aunque sea en forma breve, en la ciudad de Monterrey, que había logrado afianzar su prestigio en su carácter de centro industrial, con un acento marcado de artesanía. Sus productos de telas, sombreros, artefactos de madera, lámina y cuero, así como de artículos de belleza y de alimentación tenían amplia aceptación en todas partes.

El ayuntamiento, máxima autoridad municipal, se integraba cada año por elección popular. El de 1898 estaba constituido así:

Alcalde 1o.	- Dr. Pedro C. Martínez.
Regidores	- 1o. Marín Peña. 2o. Manuel E. Gómez. 3o. Dr. Mauro Villarreal. 4o. Dr. Francisco Garza Cantú. 5o. Andrés Quintanilla. 6o. Dr. Rafael Garza Cantú. 7o. Juan Guzmán. 8o. José Oliver y Comonfort. 9o. Jesús Ma. Tijerina. 10o. Modesto Martínez. 11o. Dr. Eusebio Guajardo. 12o. Antonio López Zambrano. 13o. Ambrosio Guajardo.
Síndicos	- 1o. Lic. Virgilio Garza. 2o. Pomposo Morales. 3o. Anacleto González.

Como sólo el Presidente Municipal en funciones devengaba sueldo, se procuraba que los demás miembros del Ayuntamiento tuvieran recursos para su sostenimiento, considerándose tales puestos como de honor, y en verdad que quienes los ocupaban se sentían con ello muy honrados.



En cuanto al ambiente social que se respiraba en Monterrey no podía ser más agradable. Existía la costumbre de las estudiantinas que se organizaban en los barrios de la ciudad y servían como eje central para propiciar las reuniones sociales, de manera que con gran frecuencia se realizaban fiestas por todos los rumbos.

Precisamente una de estas estudiantinas, integrada por señoritas de la alta sociedad, participó con deslumbrante actuación en el homenaje rendido al General Díaz en el Teatro Juárez. Llamó la atención del ilustre visitante la extraordinaria forma de tocar el arpa por la señorita María Espinosa. De gran sensibilidad artística poseía un don especial para pulsar las cuerdas del hermoso instrumento. No había quien no se emocionara al escucharla. Componían el grupo las señoritas: Virginia García Muguera, María Reyes, Carolina Zambrano, Guadalupe González, Elena Zambrano, Camila Lagrange, María Zambrano, Elisa Melo, María Espinosa, Nicéfora Garza, Pilar González, Irene Garza, Carmen González, Pilar Zambrano, Dolores González, Mercedes García Muguera y Rosa González. Todas ellas en plenitud de vida, hermosas, andando el tiempo formaron sus propios hogares, de los que, transcurridos los años, florecieron otras bellezas y surgieron muchos de los hombres de empresas que han dado prestigio a Nuevo León.

Con frecuencia visitaban Monterrey circos entre los que se destacaba el gran circo Orrin, cuyo máximo atractivo lo constituía Ricardo Bell, payaso de origen inglés, que residió casi toda su vida en nuestro país y murió amando a México su patria adoptiva. Un monumento perpetúa su memoria en una de las plazas de la ciudad de México. También con frecuencia se efectuaban corridas de toros en la plaza de Santa Lucía que existió al lado oriente de los Ojos de Santa Lucía, de los que brotaban manantiales de agua cristalina que corría por una acequia hasta confundirse con la voluminosa corriente del Ojo de Agua del Centro. Estoy haciendo referencia al terreno comprendido entre las calles 15 de mayo, Cuauhtémoc, Allende y Garibaldi. En esa plaza de toros, que llenó toda una etapa de la vida regiomontana, actuaron los más famosos toreros del mundo: Mazantini, Cuatro Dedos, Ponciano, Lagartijo, Reverte, Oropeza. . .

En el año de 1896, el día 8 de septiembre, consumió el fuego el Teatro Progreso, situado en el lugar que actualmente ocupa el edificio Monterrey Cía. de Seguros, S. A., Escobedo casi cruz con Padre Mier. Se realizaba precisamente una temporada de ópera y esa noche se presentó "Caballería Rusticana" y el tercer acto de "La Traviata", muestra de la altura cultural de nuestra ciudad.

En este punto vale la pena hacer alguna consideración, aun cuando sea rápida, sobre el Teatro Juárez, que reemplazó al Progreso y cuya edificación

se realizó en el mismo lugar que ocupa actualmente el Teatro Rex. El Teatro Juárez fue inaugurado el 15 de septiembre de 1898, precisamente tres meses antes de que se sirviera en homenaje al General Porfirio Díaz un suntuoso banquete. Se hizo al efecto uso de una particularidad de que se había dotado al lunetario, consistente en poder colocar el piso de luneta en su totalidad a la altura del foro, precisamente para utilizarse en eventos de esta naturaleza.

La inauguración fue realizada por la compañía de Opera y Zarzuela de Soledad Goyzueta, representándose la ópera Traviata con extraordinario lujo y notable propiedad. Soledad Goyzueta y el tenor José Vigil y Robles se anotaron un gran triunfo por su destacada actuación, que correspondió en gran parte a la labor del maestro concertador Eduardo Vigil y Robles.

Este principio de resonancia artística se prolongó durante muchos años, abarcando hasta principios de la Revolución Constitucionalista.

No había compañía artística que no visitara Monterrey. Largo sería mencionar a las principales figuras del tablado que actuaron en el Teatro Juárez hasta su incendio el 11 de mayo de 1909.

Durante ese período hubo representaciones casi todos los días, especialmente de operetas, zarzuelas, drama y comedia. Existía una afición entusiasta y entendida.

Como recuerdo de aquellos tiempos deslumbrantes, pueden citarse a personalidades de la ópera como: Emma Zilli, María Barrientos, Linda Micucci, Adelina Padovani, Luisa Tetrzzini, Vincenzo Vieto, Fanny Anitúa (murió hace un año). Por cuanto a drama y comedia resaltan con fulgores propios: María Guerrero, Tina de Lorenzo, Elisa de la Maza, Teresa Mariani, Virginia Fábregas, Clara y Carmen Martínez, Mimí Aguglia, Mercedes Navarro, Fernando Díaz de Mendoza, Clemente Martínez, Ricardo Mutio. . .

Por lo que hace a opereta y zarzuela la legión es grande en número y calidad: Esperanza Iris, Amparo Romo, Josefina Vélez, Clementina Marín, Luisa Bonoris, Columba Quintana, Enrique Labrada, Paco Martínez, Jesús Ojeda, Constantino Cires Sánchez, lista a la que se fueron agregando nombres que conquistaron admiración y cariño durante las dos primeras décadas del siglo actual.

Cabe aclarar que el 15 de septiembre de 1910 se inauguró el Teatro Independencia supliendo al Juárez, que un año antes consumió su existencia un incendio.

Y a otra cosa porque el tema me agrada y hay riesgo de extenderme más de la cuenta.

Quede esta semblanza de Monterrey como testimonio de una época que ya va siendo lejana, cuyo recuerdo será seguramente considerado con honda meditación por los pocos que aún viven. Y será también grata la remem-



branza para las personas que heredaron nombres y apellidos de aquellos regiontanos, y puesto que nos obliga la continuación del relato pongo a estos renglones punto final, no sin copiar los versos de Jorge Manrique, que durante 500 años han sido constantemente reproducidos sin perder el sabor de su filosofía profundamente humana:

*Recuerde el alma adormida,  
Avive el seso y despierte,  
Contemplando  
Cómo se pasa la vida,  
Cómo se viene la muerte  
Tan callando.*

## VII

### VISITAS Y DIVERSIONES

Para el día 21 el entusiasmo se mantenía en grado contagioso. A primeras horas de la mañana se dispuso la visita a la Fábrica de Hilados La Fama y a los Molinos de Harina de Jesús María, ambas industrias enclavadas en el Municipio de Garza García.

Llamará la atención a las generaciones actuales que tal visita se realizara por medio del ferrocarril. ¡Cómo estaría el camino carretero!

Trataré de dar una idea de esta vía, llamada en lejanos tiempos calle Real, después Iturbide y posteriormente Hidalgo. A partir de la Plaza de la Purísima al poniente, se estrechaba dificultando el tránsito, a pesar de ser el único camino hacia Saltillo, y centro del país. Bien, en tiempos de sequía —la mayor parte del año— cubierta con una capa de tierra suelta de unos quince centímetros de espesor, al paso de las carretas, carretones, guayines o cualquier carruaje se formaban nubes espesas de polvo que impedían la visibilidad. Tenía el polvo el tamiz del talco. Y cuando llovía se convertía en una pasta adherente que dificultaba en extremo el tránsito.

Por eso se prefirió el ferrocarril no obstante de tratarse de salvar 20 kilómetros.

\* \* \* \*

Autoridades de Garza García y Santa Catarina recibieron al General Díaz y a su comitiva con entusiasmo. Manifestaciones, música, cohetes, cantos, declamaciones, y los discursos obligados en semejantes casos.

Además de elogiar el visitante las instalaciones industriales le causó tan profunda impresión el espectáculo de las rocosas montañas de la Huasteca al grado de expresar en tono emotivo hermosos conceptos de admiración.

En festejos sencillos se pasaron las horas, regresando la comitiva a Monterrey a medio día. Había que prepararse para el baile que tendría lugar en la noche en el Casino Monterrey.

\* \* \* \*

Había llegado la ocasión para la sociedad de Monterrey de lucir en todo su esplendor su nuevo edificio del Casino, aún inconcluso, y el atavío lujoso de las damas. Para el realce del gran baile se hizo derroche de luz eléctrica, de flores, gasas, adornos esculturales, y de suntuosas alfombras. La perspectiva del Casino semejaba la escenificación de un cuento de hadas.

Una amable temperatura contribuyó al entusiasmo de la numerosa concurrencia que llenaba los salones. Deslumbrantes atavíos de las damas e impecables atuendos de los caballeros realizaban el conjunto.

La descripción de la fiesta la dejó a don Carlos Pérez Maldonado. En su libro *El Casino de Monterrey* se ocupa de este acontecimiento social. Copio de su relato lo que considero complementa esta crónica:

“A las diez de la noche llegó el Presidente en compañía de la familia del General Reyes, que era el Gobernador del Estado, y de sus Ministros ya nombrados. Los socios del casino, haciendo valla por el vestíbulo hasta la gran escalera, los recibieron vitoreándolos.

“Una comisión formada por los señores Adolfo Zambrano y Francisco G. Sada, se encargaron de hacer la presentación de las familias de Monterrey a don Porfirio y sus acompañantes.

“El baile principió con un lucido Minueto, en el que participaron las dieciséis parejas siguientes: señoritas María Reyes, Mercedes y María García Muguerza, Clotilde García González, María, Carmen, Celia, Angelina y Carolina Zambrano, Carmen y Concepción González, María Sada, Concepción Morales, Carlota Ibarra, Ana Degetau y Greta Houser.

“Iban acompañadas por los jóvenes: Oscar Westendarp, José Calderón, Fernando Zambrano, Ricardo González, Carlos y Jesús Sada Muguerza, Rómulo Padilla, Faustino Palacio, José y Francisco González, Enrique Padilla, Alfredo Farías, Ignacio Morelos, Arturo Houser, Manuel Martínez y F. Westendarp.

“Las damas iban ataviadas con lujosos y elegantes vestidos Luis XV, y los caballeros con traje negro de casaca, calzón corto, medias y calzado con hebillas. Fue este cuadro muy elegante, vistoso y aplaudido. Después principió el baile general.

“A la una de la mañana se sirvió la cena. Al centro de la mesa de honor



tomó asiento don Porfirio, siguiendo a su derecha la esposa del señor Gobernador doña Aurelia Ochoa de Reyes, don José Yves Limautour, doña Carolina Madero de Villarreal, el General Mariano Escobedo, doña Juana Reyes de Madrigal, el Gral. Manuel González Cosío, doña Francisca Muguerza de Calderón, el Lic. Joaquín Baranda y doña Ana González de Hernández. A la izquierda del Presidente se encontraban doña Guadalupe Zambrano de Treviño, el General Reyes, doña Pudenciana Madero de González, el Gral. Francisco Z. Mena, doña Victoriana Madero de Villarreal, el Gral. Gerónimo Treviño, doña Sara Milmo de Kelly, el Gral. Francisco Naranjo, doña Julia Bremer de Reichman y el Gobernador de Coahuila don Miguel Cárdenas".

Era tan agradable el ambiente que el General Díaz y acompañantes se retiraron a las tres y media de la mañana, no obstante que les esperaba un día de gran ajeteo.

Inolvidable fiesta para todos los asistentes, y para el General Díaz fue motivo de reconocimiento profundo por las exquisitas y espontáneas manifestaciones de admiración y respeto que recibió de damas y caballeros.

Para el cuarto día estaba programada en primer lugar una excursión a la Ladrillera Monterrey, industria fundada por el Sr. J. A. Robertson, prominente industrial, de nacionalidad norteamericana, que había hecho en Monterrey su centro de operaciones. Entre otras empresas se cuenta la publicación del primer periódico altamente mecanizado, *El Monterrey News*, con ediciones en español y en inglés; la siembra en Montemorelos de naranjos traídos de San Francisco, California; y la construcción del Ferrocarril de Monterrey al Golfo.

Fue motivo de admiración para el General Díaz la calidad y variedad de ladrillos fabricados, cuya resistencia se había comprobado en la construcción de edificios y pavimentación de calles.

Siguieron después a las minas de San Pedro y San Pablo, entonces en plena y abundante producción. El viaje se hizo en el ferrocarril construido para el traslado de los minerales a la fundición.

En un hermoso rincón de la montaña, cercano a las minas, se sirvió la comida a la que asistieron cerca de 150 personas. El ambiente campirano propició el cambio de impresiones con el Presidente de la República. Para

él la paz que existía en el país era su más preciada conquista. Lejos estaban los tiempos de las asonadas, de los disturbios políticos y de las inquietudes sociales. Todo hablaba de trabajo y de progreso, y nada más indicado que continuar la tarea emprendida para cruzar el país en todas direcciones con las líneas férreas. En donde el ferrocarril camina llega pronto la prosperidad, decía el General Díaz.

Su mente estaba llena de proyectos industriales, de mejoras materiales, y del problema de la educación del pueblo. He llevado, decía con satisfacción, a la Secretaría de Educación a don Justo Sierra, tal vez el hombre cuyas dotes de cultura, honestidad y sentido humano, lo hacen el más capacitado.

Esos momentos de expansión dejaron ver el fondo de un hombre, que de las duras jornadas de la guerra, había pasado a las delicadas labores gubernamentales. El soldado mestizo, poco amante de los buenos modales, se había transformado en un criollo refinado. Hasta el color de la tez, antes bronceado, había cambiado a un color blanco sonrosado. Los bigotes largos y negros eran blancos y cortos. Los ojos no habían cambiado su expresión penetrante. Quienes lo conocieron sobre el caballo, jinete de largas y fatigosas jornadas, tenían que hacer un esfuerzo para suplantar aquella figura cetrina y desgarrada por la del estadista pulcramente vestido. En esta admirable transformación mucho había contribuido su esposa doña Carmen Romero, dama de fina educación, culta y de grandes atractivos personales.

Al mediar la tarde se hizo el regreso a Monterrey.

\* \* \* \*

A las nueve de la noche se inició el desfile de carros alegóricos y carruajes descubiertos ocupados por bellas damas ataviadas con trajes de diversas regiones del país.

El General Díaz, acompañado del General Reyes y comitiva, presenciaron el atractivo desfile desde los balcones de la casa del General Reyes.

Los industriales y los comerciantes de mayor importancia se esforzaron por el lucimiento de la fiesta, ingeniándose para presentar los más originales adornos de los carros, y las damas por su cuenta aumentaron el atractivo al participar en coches tirados por relucientes troncos de caballos.

En la extensa columna se intercalaron tres bandas de música imprimiendo una agradable nota de alegría.

Con este evento terminaron los festejos de ese día.



El programa que se había ordenado para el día 23 fue cambiado radicalmente, en virtud de que el General Díaz determinó regresar en la tarde de ese mismo día a la ciudad de México, urgido por asuntos que requerían su presencia en el Palacio Nacional.

Para la mañana estaban anunciadas algunas visitas a industrias, en la tarde el simulacro de guerra y en la noche la velada literaria. Se suprimieron las visitas a las fábricas y en la mañana tuvo lugar el esperado espectáculo del simulacro de guerra, cuyo acto llamó poderosamente la atención del público, especialmente de la juventud, pues los viejos conocían ya de verdad lo que era la guerra y en consecuencia aquello no pasaba de ser un juego.

Más que como ilustración en la materia del simulacro, voy a copiar el encabezado del dispositivo del combate, pues ello nos coloca en condiciones de apreciar lo que existía en el lugar de los hechos. Por ejemplo, para dar una idea del caso se menciona que la calzada Unión, que actualmente lleva el nombre de Madero, desembocaba en el llano en que estaban construídos los cuarteles federales y cerraba al poniente la calzada "una ceja de huizaches". No fue sino hasta 1929 siendo Gobernador del Estado el Gral. y Lic. Aarón Sáenz, cuando ya se dio forma precisa a la prolongación de la avenida Madero hasta el pie del cerro de Las Mitras. Veamos la redacción de referencia:

"El hecho de armas tendrá lugar en el llano, que se encuentra al S.O. de la Estación del Ferrocarril Nacional, y el cual afecta la forma de un paralelogramo de 700 metros de Oriente a Poniente y 500 de Sur a Norte. La calzada Unión desemboca en el mismo, casi en la parte media de la cabecera Oriental, y a la izquierda de ella está la fábrica de Moebius, a que se hace referencia en las explicaciones, que es un edificio de dos pisos. La vía del Ferrocarril Nacional limita el llano por el Norte, estando unos 60 metros hacia el centro del mismo, adelantadas de esa vía y a 200 metros de distancia una de otra, la casa amarilla y caballeriza de Randle, a las que se aludirá, construídas de madera; por el Poniente y el Sur, una rala ceja de huizaches delimita el campo, estando a ese último rumbo, en línea con tal ceja, la casa Guzmán, que ha de citarse, frente a la expresada caballeriza Randle. En medio del llano hay dos pequeñas casas de madera y piedra".

Entre otros pormenores de la descripción del simulacro se expresa que uno de los bandos combatientes lo componen el 5o. Batallón con 400 hombres, el 9o. con 350, el Colegio Civil con 150, la Gendarmería Fiscal con

25 jinetes y una sección de artillería, en total se trata de 925 hombres. El otro bando lo forman el 19o. Batallón con 400 infantes, el 3er. Cuadro 124, Caballería 300, una sección de artillería, ambulancias 20, sumando en total 844 hombres.

Con estos elementos se organiza el combate moviéndose de acuerdo con lo planificado los bandos contendientes, de manera que el triunfo correspondiera a quien de antemano se le ha adjudicado.

No obstante el cambio de horario, la gente se volcó alrededor del campo de operaciones y para la juventud y los niños, se trató de un espectáculo de enorme importancia, pues el tiroteo de cientos de fusiles y el tronar de los cañones, así como el trotar de los caballos, daba la impresión de que efectivamente se estaba combatiendo y esto a la vez que imponía temor, saturaba al espíritu de algo desconocido visualmente; pero de lo cual se había hablado mucho en las tertulias familiares y en la escuela.

Para mediodía había concluído el espectáculo y los muchachos hacían acaparamiento de cartuchos que guardaron como preciado recuerdo.

\* \* \* \*

Para las tres de la tarde el Teatro Juárez se encontraba lleno de concurrencia para presenciar el magnífico programa preparado y en el que participarían los más ilustres escritores y poetas.

Una vez que ocuparon sus lugares de honor el General Díaz y sus acompañantes, dio principio el festival cantándose el Himno Nacional por niños de las escuelas oficiales. Después la orquesta ejecutó la melodía Ruy Blas, de Mendelssohn, siguiendo a continuación el discurso pronunciado por el Dr. Rafael Garza Cantú, que principiaba a significarse como uno de los más cultos maestros de la época. Siguió una variedad que llenaron la señora Carmen Gómez de Dávila, el Dr. W. W. Leech, la Srta. Enriqueta Vargas y el Sr. Leonardo Uribe. Después de quince minutos de intermedio bailaron un Minueto un grupo de jóvenes siguiendo la música de la estudiantina integrada por las señoritas Angelina García, Camila Lagrange, Carmela González, Carolina Zambrano, Concepción Michel, Dolores González, Elena Zambrano, Elisa Melo, Guadalupe González, Irene Garza, María Espinosa, María Reyes, María Zambrano, Mercedes García Muguerza, Nicéfora Garza, Pilar González, Pilar Zambrano y Virginia García Muguerza.

No habían concluído los aplausos cuando ya la Srta. Enriqueta Vargas cantaba el Aria (del suicidio) de la Gioconda, para seguir al piano el señor Jesús María Acuña (jr.) y a continuación el Tenor Leonardo Uribe cantó una aria de Aída, continuando la declamación que de sus propios versos hizo el Sr. Celedonio Junco de la Vega, escuchándose también un poema del Dr. José Peón y Contreras, Senador de la República.



No sería posible transcribir íntegramente los discursos y poemas que tanta impresión causaron en el auditorio, limitándome a copiar algunas pequeñas partes como orientación del sentimiento que en las cuestiones políticas imperaba.

Por ejemplo el Dr. Garza Cantú principió su discurso en los siguientes términos, que envuelven la pintura de un triste panorama para analizar después el avance en el país y la era de paz que había logrado el General Díaz en provecho de la nación. Veamos sus expresiones:

“No hace tiempo todavía: aún vive la generación que viera, con espantados ojos, nuestros campos reducidos a estériles desiertos; las interminables e incómodas carreteras, que cruzaban la vasta extensión del territorio mexicano, convertidas en asiento del pillaje y la matanza; las ciudades enchidas por una multitud ociosa, revuelta, sin convicciones y sin fe, presa de la desconfianza y del temor; los vínculos nacionales, de Estado a Estado, de ciudad a ciudad, de pueblo a pueblo, rotos casi por completo; y sobre todo esto, el huracán de las pasiones que bate sus pavorosas y negras alas y que con su aliento emponzoñado y encendido, envenena y mata, quema, consume y aniquila hasta los últimos gérmenes de vida... Luego... la ruina general, la anarquía, el descrédito, el desprecio de los pueblos cultos; la insolente y provocadora reclamación del fuerte, miles de hombres armados que, cual alud incontrastable se despeñan amenazando arrasar hasta en sus cimientos el edificio de la Independencia Nacional, y amenazando lo que es más todavía, derribar lo que permanece en pie del decoro y dignidad de la patria. Quedan entonces reducidas a escombros nuestras mayores ciudades; el comercio, la agricultura y la industria, ahogados en un mar de sangre... ¡Y el hogar profanado, la familia dispersa y las columnas de rojizo humo que desde las aldeas hasta el cielo se levantan, claman venganza”.

La producción de don Celedonio Junco de la Vega, joven poeta y magnífico declamador, principia con estos fluídos versos:

*Cruzaba yo los deliciosos campos  
de la niñez florida  
cuando al heroico puerto  
donde el destino me lanzó a la vida  
llegaba, de la pólvora entre el humo  
y al fragor de los bronce,  
ese bizarro triunfador. Entonces  
rasgaba el cielo la segunda aurora.  
De abril, la aurora misma  
que nueve años atrás en Puebla dora,  
con su luz inmortal, la altiva frente  
de ese soldado cuyo arrojó abisma.*

El Dr. Peón y Contreras dio lectura a un poema dedicado a Monterrey. De él copio las siguientes estrofas:

*¡Oh hermosa Monterrey, perla del norte,  
cómo tu gala y esplendor hechizan!  
¡Cómo acuden las gentes a millares  
para quemar incienso en los altares  
de la gentil y bella fronteriza!  
vienen a mí rumores de talleres,  
ecos de risa, canto de mujeres,  
por todas partes la ventura avanza,  
para llenar las almas de esperanza.  
y mostrarte a los mundos como eres!  
Llegó al fin para ti la bienandanza  
que el porvenir te trajo,  
después de la faena  
y de las rudas horas del trabajo!*

Y por último he de mencionar el himno compuesto por don José Arrese, que fue cantado al final de la velada por niños de las escuelas oficiales, transcribiendo el coro:

*Salve egregio, valiente soldado  
cuyo brazo, blandiendo el acero,  
a la patria del yugo extranjero  
supo un día glorioso librar.  
Salve ilustre, abnegado patricio,  
que en la lucha también de la idea,  
sobre ruda y sangrienta pelea  
ha sabido la paz cimentar.*

Se había cumplido con el programa, aun cuando fuese con apremios durante el último día de estancia del General Díaz. Para las seis de la tarde ya estaban visitantes, comitivas y una gran cantidad del pueblo en la Estación del Golfo, en donde se mezclaban la alegría con la tristeza, porque no hay despedida que no sea triste “y el qué lo dude que se despida”.

Las bandas de música alentaban el entusiasmo con marchas y el público continuamente vitoreaba, tanto al General Díaz como al General Reyes. En esos momentos en que los abrazos estrechaban a los hombres y las manos se antojaban palmas de amistad, las reflexiones se imponían alrededor de



066776

la primera figura, viendo cómo en él se personificaba la regla de los metales: plata en la cabeza, oro en los dientes y plomo en las piernas.

El declive de un cuerpo fuerte, férreo y de un cerebro lúcido se advertía aún sin el propósito de realizar un examen. El futuro no lejano nublaría los relámpagos de gloria y grabaría en la imaginación de quienes lo habían tratado de cerca, la figura de un hombre que, habiendo sido grande en la guerra y en la paz, caminaba hacia el abismo.

Llegó el momento de la partida. La máquina al arrastrar los carros resopló ruidosamente; dos largos silbidos indicaron la marcha hacia adelante y atrás quedaba la comitiva oficial y el público que gritaba y aplaudía.

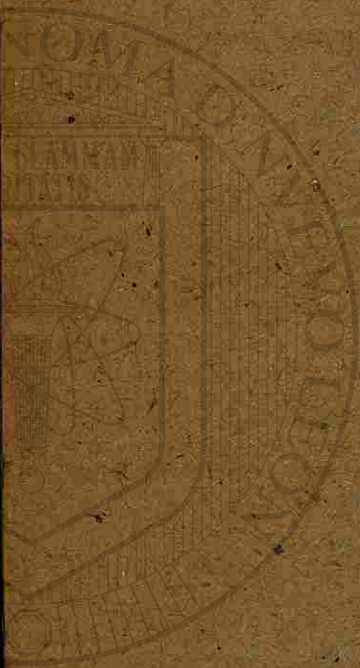
El presente se alejaba cargado de emociones en tanto que el pasado se diluía como el humo de la locomotora y el futuro inescrutable guardaba celosamente el término final de un régimen, una época, una forma de vida, un mar de sangre, una tragedia social espectacularmente humana, seguida de la alborada, de nueva forma de vida, con la experiencia ganada al tiempo y la angustia por alcanzar la bienaventuranza del pueblo que tanto había sufrido.

Así pasa la vida y la gloria, en tanto que la muerte iguala a todos...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA

BIBLIOTECA CENTRAL  
U.A.N.L.

6  
5  
2

276 IN